

*El
Glorioso
Evangelio*

El Glorioso Evangelio



Índice

Guerra Del Creyente .. 1
por Virgilio Crook

Primero De Samuel 5
por Douglas L. Crook

Obedecer Y Buscar 9
por Débora Isenbletter

Editores

Virgilio H. Crook y Douglas L. Crook
4535 Wadsworth Blvd., Wheat Ridge, CO, 80033-3303

Vol. 05 – N° 06

Impreso Mensualmente por EGE Ministries

Gratis – No Se Vende

Guerra Y Armadura Del Creyente

por Virgilio Crook
(parte VII)

¿Cuántas veces hemos llegado al punto en que estábamos ya en el suelo y el enemigo estaba ya pisoteando sobre nuestras espaldas con furia y nosotros tan cansados que ya estábamos por admitir la derrota? Pero de repente nos recordamos que: “Dios es por mí” y declaramos así y esta es nuestra confianza, nuestra fuerza. No debemos aceptar ninguna derrota porque en Cristo no hay derrota alguna. Aunque la situación parezca ser un poco difícil con toda la furia y la fuerza del enemigo sobre nosotros y que pareciera que él sacaría alguna ventaja de la situación en que nos encontramos, no podemos admitir, bajo ninguna circunstancia, ninguna derrota. No podemos, sino confiar en el Señor y así experimentar su fuerza en nuestras vidas, que es la que nos levanta y nos capacita. Las nuevas fuerzas provienen de él. Para que su Palabra sea una realidad en nuestras vidas decimos, “con la ayuda del Señor, no acepto ninguna derrota.” Sin duda, muchas veces hemos tenido alguna experiencia así, que ni sabíamos que hacer y el enemigo nos tenía atados, engañándonos de que no había ya ninguna posibilidad de escape. Pero recordemos que ninguna cosa puede ser causa de derrota para el hijo de Dios porque “Dios es por mí.” Aunque tal vez hayamos fracasado algunas veces y nos hayamos descuidado un poco en la vida cristiana y aunque el enemigo a veces gane un poco de ventaja, si tenemos esta revelación de que “Dios es por mí,” y no admitimos ninguna derrota en Cristo. Por más fea que sea la situación, no vamos a sufrir ninguna derrota porque en Cristo somos más que vencedores.

Otra vez digo, y quiero recalcar, que no estoy diciendo que andemos con presunción porque si usted no tiene fe para

declarar, no declare, pero si Dios pone la fe necesaria en su corazón para declararlo: declárelo, dígalo, y Dios va a amparar a aquél que toma la fe para declarar las promesas que Dios mismo ha dicho.

Hay muchas cosas por las cuales podemos afirmar y declarar la victoria, no admitiendo derrota alguna. Aunque el enemigo nos tenga por el suelo mismo y aunque él esté comenzando a cavar un pozo también para echarnos, podemos mantener la victoria. ¿No sabía usted que él quiere enterrarnos? ¡Sí, él quiere enterrarnos! Él comienza a cavar su pozo para enterrarnos adentro pero gracias a Dios por esta verdad, de que “Dios es por nosotros.” Él nunca ha fracasado y está listo para ayudarnos. Pero tanto usted, como yo, tenemos que resolver en nuestros corazones esta cuestión primero: ¿está Dios por mí?

Por eso, a mí no me agrada mucho la oración que a veces se hace y se dice: “gracias Señor porque soy un pecador salvado por gracia.” Aunque esta es verdad, a más de esto, somos hijos de Dios y esta calidad de ser hijos de Dios es lo que nos da confianza de ir contra el enemigo mismo. Si Dios es por usted, y si usted realmente cree eso, no hay límite de lo que Dios puede hacer en su vida. Pero muchas veces decimos: “bueno, soy así nomás, no tengo para esto, ni tengo para aquello y no sé, parece que no voy a hacer nada al fin y al cabo” y se lamenta y llora. ¡Qué vergüenza para el pueblo de Dios, si así es su declaración! En verdad que tenemos que decir lo que la Palabra declara y no hablar de derrota y de incapacidades, ni de no poder alcanzar esto, ni aquello. ¡Qué Dios nos ayude hermanos de tener una visión más amplia de lo que Dios quiere hacer! Si creemos la verdad que predicamos, nuestra declaración de fe tiene que ver con los resultados y alcance de esa fe también en forma práctica.

“Jehová es Varón de Guerra; Jehová es su nombre.”
Éxodo 15.3 La Biblia presenta a Dios de muchas maneras distintas. Lo vemos como Padre, como Todopoderoso, y aquí lo vemos como “Varón de Guerra.” En lo natural hay personas que son soldados profesionales, o sea, ser soldado es “su vida.” Sin embargo, hay otros que lo son por obligación, no más, porque

tienen que cumplir con su patria. Su patria le llama por dos años y ellos por obligación dicen: “bueno vamos.” Pero esperan también ansiosamente que esos dos años terminen pronto para irse de ese lugar porque en verdad no son soldados de profesión, sino que deben esta responsabilidad a su patria y sólo desean cumplirla. Pero hay otros que son soldados verdaderos, hombres de guerra, su carácter mismo, su andar, su actuar “todo” es militar, pues, ellos son verdaderos “hombres de guerra.”

Así es nuestro Señor, él es “Varón de Guerra,” esta es su profesión. No es que por algún tiempo él fue así. No, sino que esta es su profesión. Él sabe pelear y esta es nuestra confianza porque somos soldados también. No vamos a ir en cualquier manera contra el enemigo, sino iremos con confianza. No podemos, ni debemos, ir contra el enemigo si no tenemos confianza, pues, hay que estar plenamente convencido. Lo que tenemos que entender es que “la batalla no es nuestra,” sino que es del Señor y él es quien lucha y él es también la confianza de nuestra victoria.

“Entonces dijo Saúl a David: He aquí, yo te daré Merab mi hija mayor por mujer, con tal que me seas hombre valiente, y pelees las batallas de Jehová. Más Saúl decía: No será mi mano contra él, sino que será contra él la mano de los filisteos.”
1º Samuel 18.17 En este verso se hace mención de “*las batallas de Jehová*.”

“Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanzas; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos.” **1º Samuel 17.47** Esta verdad levanta de sobre nuestros hombros un gran peso. No es nuestra batalla, sino de Jehová. Es cierto que nosotros tenemos que vencer ciertas cosas en nuestras vidas y obtenemos victorias muchas veces, pero no olvide que nosotros formamos parte de la nueva creación. Es cierto que cada uno es individuo, eso ya sabemos, pero cada uno de nosotros también pertenece a la nueva creación y la victoria personal mía, es la victoria de la nueva creación. Tenemos que mirar de este punto de vista, de que la batalla es de Jehová. Cuando un creyente, en forma individual, gana una victoria, esa victoria es para la gloria y la

honra de Dios, pues, es la victoria de “la nueva creación.” ¿Qué harán los vencedores totales que recibirán coronas, con sus coronas? ¿Las pondrán en un muestrario de vidrio para que todos las contemplen todos los días? ¡No! Esas coronas serán otorgadas a quién le correspondan, el cual es la Cabeza de la nueva creación. La corona es para poner sobre la Cabeza y ¿quién es la cabeza? Cristo. Cristo es la Cabeza. Si recibimos una corona, ¿dónde vamos a poner nuestras coronas entonces? La pondremos sobre la Cabeza. Las coronas que recibiremos son para el Señor. Nosotros podemos ser la mano, el ojo y distintas partes del cuerpo, pero solo Cristo es la cabeza. Es lógico entonces que él reciba todas las coronas. Así que, la victoria que yo gano, al fin y al cabo, no es mía precisamente, sino de él, del Señor. La batalla es de Jehová y él toma también las responsabilidades de la victoria porque la batalla es de él. En lo natural, cuando jugamos algún juego, queremos ponernos del lado del equipo que sabemos que va a ganar y aunque nuestro equipo tenga dos o tres que jueguen bien, mejor vamos a jugar en ese equipo porque ellos juegan muy bien, así por lo menos es a menudo la expresión. En lo espiritual, ocurre también así. Estamos enfrente a una persona que nunca ha perdido ninguna batalla, y nosotros estamos de su lado, porque la batalla es de él. Así que, vamos a depender del Señor para ganar siempre.

“Y estaba allí Jahaziel hijo de Zacarías, hijo de Benaía, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, levita de los hijos de Asaf, sobre el cual vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión; Y dijo: Oíd Judá todo, y vosotros moradores de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Jehová os dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios.” 2º Crónicas 20:14, 15 La verdad que la batalla no es nuestra nos ayuda a cobrar ánimo contra el enemigo. La guerra no es de nosotros, sino de Dios, nosotros solamente formamos parte de su ejército, pero realmente la guerra es de él. Su título que a menudo vemos en el antiguo testamento es: **“Jehová de los ejércitos.”** Este es su título como hombre de guerra. Todas estas declaraciones son promesas que tenemos que aprender y estampar en nuestro corazón.



Lecciones En Primero De Samuel

por Douglas L. Crook
(parte XVII)

Capítulo Catorce

En **1º Samuel 14.1 al 23** tenemos el registro de la fe de Jonatán, hijo de Saúl. Al leer este pasaje podemos ver claramente por qué David amaba tanto a Jonatán. Su mutua fe en Jehová fue la base de su amistad.

En aquella época de la historia de Israel los filisteos oprimían a Israel constantemente. Los israelitas vivían en miedo de sus enemigos. Aun la mayor parte del ejército se escondía en cuevas y pozos para no tener que enfrentar a los filisteos. El rey, Saúl, descansaba bajo la sombra de un árbol. Casi todos aceptaron la cruel opresión de los filisteos como un hecho inmutable y conformaron su manera de vivir en sumisión a los deseos de su enemigo. Jonatán, sin embargo, no se conformaba con la opresión del enemigo ni la vida de esclavitud a los filisteos.

Nosotros, hoy día, necesitamos imitar la fe de Jonatán. *“No es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos.”*
Verso 6 Su confianza fue en el poder y fidelidad de Jehová. No miraba la fuerza del enemigo, ni tampoco sus propias limitaciones. Junto con su fe, Jonatán poseía la sabiduría para buscar la dirección del Señor para así entender cuándo, dónde, y cómo vencer al enemigo. **(Versos 8 al 10)**

Nuestro enemigo no es carne y sangre, sino espiritual. **(Efesios 6.12)** Hoy parece que la influencia de Satanás sobre este mundo aumenta más y más. El pecado y la maldad sobreabundan por todos lados. Parece ser pocos los creyentes que desean vivir piadosamente porque la oposición contra ellos

es tan grande. *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución; mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.” 2ª Timoteo 3.12, 13*

Ya que las tinieblas espirituales son tan oscuras y fuertes, muchos creyentes han conformado su manera de pensar y actuar a la norma del mundo. La Iglesia acepta la inmoralidad del mundo como si no tuviese otra opción. Muchos creyentes son esclavos a la mentalidad del mundo perdido y están contentos con sentarse en la sombra y someterse a los mandatos de los deseos engañosos de la carne. Están durmiendo espiritualmente.

“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.”

Romanos 13.11 al 13 Luchamos y vencemos las potestades de las tinieblas espirituales por vivir una vida piadosa, una vida de fe. Libramos a otros de las cadenas de opresión del enemigo por proclamar la verdad del evangelio de la gracia. **(Lucas 4.17 al 21)**

Parecía imposible poder vencer a un enemigo tan poderoso y grande como los filisteos. Cuando uno propone en su corazón vivir una vida victoriosa de fe, se levantan muchos obstáculos y tentaciones que parecen insuperables. Si vamos a disfrutar la libertad que hay en Cristo tenemos que recordar que *“si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” Romanos 8.31* Cuando creemos las promesas de Dios y buscamos su dirección, nada, ni nadie puede impedimos de hacer la voluntad de Dios. *“Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será*

hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.” Marcos 11.22 al 24 Todo lo que pidamos lo recibiremos cuando oremos por fe en su voluntad revelada.

Jonatán empezó a enfrentar al enemigo, uno por uno. Jehová le dio fuerza para matar más o menos veinte filisteos; y entonces el Señor mandó un terremoto para confundir y atemorizar a todo el ejército de los filisteos. Al ver el miedo y la confusión de sus enemigos, el resto del ejército de Israel entró en la batalla y venció a los filisteos. ¿Quién realmente venció a los filisteos? ¿Quién ganó la batalla? Fue Jehová. Dios permitió a Jonatán, y después a todo Israel, compartir en la victoria y la gloria, pero Dios no necesitaba ni a Jonatán ni a Israel para destruir al enemigo de su pueblo. Sin embargo, Jehová dio a Jonatán la oportunidad de participar en la obra de Dios. Jonatán tuvo que tomar los primeros pasos de fe y obediencia, pero el Señor hizo la obra.

Qué privilegio es ser parte de lo que Dios está haciendo para la eternidad. Si vamos a ser siervos fieles que proclaman las buenas nuevas de la gracia de Dios, enfrentaremos muchos obstáculos en el camino. Recuerde, la batalla es del Señor. (2º Crónicas 20.15) Tenemos que tomar los pasos de fe y obediencia, pero podemos tener la confianza que Dios mismo hará la obra necesaria para traer la victoria en nuestra vida y en la vida de los que están en nuestro alrededor. “*Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.” 1º Corintios 3.7 al 9*

En 1º Samuel 14.24 al 46 tenemos el registro de la vergüenza de Saúl. El rey Saúl no quiso vencer a los filisteos para la gloria de Jehová y el bien del pueblo, sino para su propia gloria. “*Pero los hombres de Israel fueron puestos en apuro aquel día; porque Saúl había juramentado al pueblo, diciendo: Cualquiera que coma pan antes de caer la noche,*

antes que haya tomado venganza de mis enemigos, sea maldito. Y todo el pueblo no había probado pan.” **Verso 24** Cuando un líder del pueblo de Dios se exalta a sí mismo y sus propósitos, en vez de gloriarse en Dios y sus propósitos y buscar el bien del pueblo de Dios, resulta en yugo legal para el pueblo de Dios y pone sobre ello una carga pesada e innecesaria. Cuando el pueblo de Dios honra a los que se exaltan a sí mismos resulta en pecado porque estiman de más importancia la palabra del hombre que la Palabra de Dios. **(Versos 32, 33)** “*Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.*” **1ª Corintios 3.21 al 23**

Dios no honró el juramento de Saúl. Jonatán no murió por la maldición de la boca de Saúl. Dios no honra a los que se exaltan a sí mismos en arrogancia y presunción. **(Romanos 12.3; 3ª Juan 9 al 11)** Dios rehusó contestar a Saúl para hacerle preguntar por qué no le contestó. **(Verso 37)** Saúl presumió que Dios no le contestó por causa del pecado de otro, pero fue por causa de su propio pecado de jactancia. Dios permitió que la suerte cayera sobre Jonatán para revelar a Saúl la necedad de su juramento. Sin embargo, Saúl fue determinado matar a su propio hijo para no sufrir vergüenza delante del pueblo. Por fin, el pueblo hizo lo recto delante del Señor y salvó a Jonatán de la necedad de Saúl. Que sigamos a los que están en lugares de autoridad solamente como y cuando ellos sigan a Cristo y sus caminos. **(1ª Corintios 10.32, 33; 11.1)**

Los **versos 47 al 52** contienen el registro de las victorias y prosperidad temporáneas de Saúl. Dios no siempre juzga la carnalidad de hombres como Saúl inmediatamente. Les da oportunidad para arrepentirse y volver a la obediencia. Las victorias de Saúl no fueron para honrarle a él, sino fueron para el bien del pueblo de Dios. Dios soberanamente provee para las necesidades de su pueblo aun a veces a pesar del liderazgo carnal. Sin embargo, llegará el tiempo de la triste siega de los que siembran a la carne. **(Gálatas 6.7, 8)**



Obedecer Y Buscar De Corazón

por Débora Isenbletter

*“Y me buscaréis y me hallaréis, porque me
buscaréis de todo vuestro corazón.” Jeremías 29.13*

En este verso vemos la necesidad de la obediencia del corazón en buscar a Dios. Vemos tres cosas que sobresalen en este verso. Primero, el individuo, segundo, a quién se debe buscar, tercero, cómo se debe buscar. Cada individuo tiene que buscar para sí mismo, nadie puede hacerlo para otro. Debemos buscar a Dios, y como último, tenemos que hacerlo con todo el corazón.

Primero, vamos a notar la necesidad, “*me buscaréis y me hallaréis.*” La palabra “buscar” significa: buscar a fondo por cualquier método; buscar el rostro de Dios con oración; apaciguar a Dios. La idea sobresaliente aquí es de tocar o sentir. Cuando buscamos al Señor buscamos su rostro. Si queremos tocar a Dios tenemos que hacerlo en oración. Queremos sentir su presencia y lo hacemos por fe, pues, la fe tiene el poder de extenderse y tocar al Señor para llevarnos a su presencia. También apaciguamos a Dios en el sentido de satisfacerle cuando le buscamos. Clamando a Dios en oración tiene el poder de satisfacer su corazón.

El Señor está esperando que nos acerquemos a él. El profeta Oseas escribió en ***Oseas 5.15***, “*en su angustia me buscarán con diligencia.*” (*La Biblia de Las Américas*) De este verso y muchas otras referencias en la Biblia parece que son nuestras aflicciones que nos lleva a buscar al Señor. En cuanto a buscarle, no hay ningunas restricciones en cuanto a quién puede buscarlo, pues todos pueden clamar a Dios, tanto

los judíos, como los gentiles. “Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma.” **Deuteronomio 4.28, 29** “Fui buscado por los que no preguntaban por mí; fui hallado por los que no me buscaban. Dije a gente que no invocaba mi nombre: Heme aquí, heme aquí.” **Isaías 65.1** Lo que nos enseña esta verdad es que el individuo es responsable de buscar al Señor, pues dice: tú me buscarás, individualmente. Nadie más puede buscar al Señor por mí, ni una iglesia, ni un individuo, por lo más espiritual que sea, solamente yo puedo buscar al Señor. Esta es una búsqueda personal que cada uno tenemos que efectuar, la cual tiene que ser hecha con la actitud correcta del corazón. La gente busca con distintas actitudes y recibe distintos resultados. Hay aquellos quienes buscan ansia y honestamente y también hay aquellos que no hacen mucho esfuerzo en buscarle. Para poder buscarle verdaderamente tenemos que estar dispuestos a aceptar cualquier respuesta que él da. Yo he conocido a gente que anda de persona a persona buscando una respuesta a una pregunta hasta que encuentre a la persona que le diga lo que quiere oír, y después deja de buscar. No es así con el Señor. Cuando corremos a él, paramos con él, sea que nos guste su respuesta o no. Cuando buscamos al Señor, tenemos que hacerlo según sus términos, pues, vamos a él y nos ponemos de acuerdo con él. El Señor nos invita, “*Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta...*” **Isaías 1.18** No razonamos ni discutamos con Dios, sino simplemente nos ponemos de acuerdo con lo que él dice.

A veces la razón porque buscamos al Señor es porque tenemos una carga tan grande que nos lleva sobre nuestras rodillas y por fin estamos dispuestos a llevarla a él. Hay muchas cargas que nos llevan al Señor, pero yo creo que los

siguientes tres son las más prominentes: el pecado, la separación, y el sufrimiento.

Primero, el pecado - Por ejemplo, el pecado de David con Basebet llegó a ser una carga cuyo peso por fin le llevó al lugar donde él buscó al Señor y cuando lo hizo así, una parte de su búsqueda fue el reconocimiento de su pecado. **(Salmo 32.3 al 5)** A veces cuando buscamos al Señor, lo hacemos para confesar nuestros pecados y aceptar su disciplina o castigo. En el caso del pecado, cuando le buscamos, es con tristeza y arrepentimiento. David se arrepintió de su pecado, **(Salmo 38.18)** y él publicano golpeó su pecho, **(Lucas 18.13)** y la mujer quien sabía quién era y lo que era, vino a Jesús y estuvo “*detrás de él a sus pies, llorando...*” **Lucas 7.38** Tiene que haber una “*tristeza que es según Dios.*” **2ª Corintios 7.10**

Después hay separación – Cuando Jonás estuvo en el vientre del pez él sentía la carga de separación y entonces él oró y buscó al Señor. **(Jonás 1.2 al 7)** El hombre en Corinto estuvo separado de la comunión del pueblo Dios por causa de su pecado pero cuando él se arrepintió y buscó al Señor sinceramente fue restaurado otra vez a la comunión. **(1ª Corintios 5.1 al 6; 2ª Corintios 2.5 al 7)**

Y el sufrimiento – Ezequías buscó al Señor cuando él sentía la carga del sufrimiento físico y enfrentó la muerte, **(2º Reyes 20.1 al 5)** y Eliseo sentía la carga de sufrir persecución y buscó al Señor. Él no consiguió la respuesta que él quiso porque él quiso que el Señor quitara su vida. El apóstol Pablo buscó al Señor por causa de una aflicción en su cuerpo y por todo el sufrimiento que él experimentó en su ministerio. En cada caso ellos estuvieron dispuestos a echar sus cargas sobre el Señor. Así hacemos cuando le buscamos y su promesa es que él nos va a sostener. **(Salmo 55.22)**

Aquel a quién debemos buscar es el Señor: “*me buscaréis...*” El énfasis está sobre **quién** debemos buscar - el Señor. Sólo él puede suplir nuestras necesidades. “*Alma mía,*

en Dios **solamente** reposa, porque de él es mi esperanza.” **Salmo 62.5** Cuando buscamos tenemos que llegar a él despojados de todo y sin ninguna demanda.

Hoy día si vamos a buscar al Señor tenemos que buscar el Señor Jesús. Cuando Juan el Bautista señaló a Jesús a sus discípulos diciendo, “*he aquí el Cordero de Dios,*” ellos respondieron por seguir a Jesús. Jesús los preguntó, “¿*Qué buscáis?*” Su respuesta le aseguró que ellos le buscaron a él porque le respondieron, “¿*dónde moras?*” Los pecadores deben buscarle ahora, no debe haber ninguna demora porque el tiempo es corto. “*He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.*” **2ª Corintios 6.2** Los santos deben buscarle continuamente cada día. “*Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré...*” **Salmo 63.1** El Señor nos encontrará a la mitad del camino porque él nos busca también. “*Yo buscaré la perdida...*” **Ezequiel 34.16** “*Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.*” **Mateo 18.11 al 14**

Encontramos la promesa del Señor en su dicho: “y me hallaréis.” El pecador que busca al Señor para salvación le encontrará. “*Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.*” **Romanos 10.13** El santo que busca al Señor diariamente encontrará que esta promesa es veraz para él también, pues, él encontrará al Señor. Después de encontrar de él salvación encontramos en el la fuerza para vivir diariamente. La palabra encontrar significa echar mano de algo. Cuando le encontramos, echamos mano de él y no

nos desprendemos de él. Cuando le encontramos tenemos la promesa que encontraremos reposo. (**Mateo 11.28, 29**)

La manera en que debemos buscar es con todo el corazón. “*Me buscaréis de todo vuestro corazón.*” El corazón nos habla del asiento de las afecciones y emociones. Es el asiento de la voluntad y propósito y el asiento de inteligencia y sabiduría. Todas estas cosas se combinan en la búsqueda, nuestras afecciones y emociones, nuestra voluntad y propósito, y nuestra inteligencia y sabiduría.

Cuando nuestra alma le busca clamamos como el salmista en el **Salmo 84.2**, “*Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo.*” También clamamos como la sulamita en el libro de **Cantares 3.2**, “*...buscaré al que ama mi alma...*” Aquí tenemos el testimonio de un corazón que se rinde totalmente al Señor, un corazón que está enfermo de amor, un corazón buscando totalmente al Señor y encontrando, no solamente a un Salvador, sino también a un Esposo.





% Virgil Crook
4535 Wadsworth Blvd
Wheat Ridge, CO 80033
USA

www.elgloriosoevangelio.org

egepub@juno.com

0506